

Capítulo 33.

Un ser vil y lóbrego, quemado por su propio fuego, comienza a ser consumido entre sus propias cenizas. Pero renacerá, al igual que el Ave Fénix, como un individuo de total benevolencia e iluminación.

Susana, Eduardo y María Rosa, en estos momentos se dirigen, por medio de un taxi, en dirección a la catedral de la ciudad para encontrar lo revelado por la decodificación del enigma de Héctor. Y como si el andar suave y constante del muy moderno automóvil que los transporta, los incitara a un relajamiento temporal, y sumado a que hace unos momentos habían hablado demasiado en la reunión llevada a cabo, entre los tres, dentro de una de las salas de reuniones

informales del Museo Alan Turing; el silencio dentro del taxi, era absoluto, donde cada uno de ellos iba mirando hacia fuera e inspirando el no tan oxigenado aire de la ciudad, cada cual con su vista perdida hacia las edificaciones que se sucedían una tras otra debido al constante transitar del vehículo, con sus mentes totalmente en blanco, como si las vibraciones causadas por el andar del taxi, les relajara, no solo sus cuerpos, sino que también, sus mentes.

Pero ese estado no duró demasiado en la mente y el cuerpo de Susana, debido a que un fortuito recuerdo la hizo emerger de esa especie de trance en la que estaba inmersa; incluso, ella iba admirando también, las antiguas y muy cuidadas arquitecturas edilicias de la ciudad, las cuales siempre conseguían hacerla entrar en otro tipo de trance... una especie de trance arquitectónico como resultado de su admiración por esta clase de construcciones. Ese recuerdo que regresó a Susana a la dura realidad, se relaciona, nada mas ni nada menos, que con su querida amiga electrónica, ATENEA, la supercomputadora cuántica del proyecto MIRAR, la cual, en una de las charlas que tuvieron muy recientemente, esta le indicó a Susana que había obtenido información de geolocalización proveniente del celular de Héctor Ayala, en respuesta a los varios intentos de parte de Susana de contactarlo, aunque sin éxito. Recordó también, que ATENEA le había indicado la ubicación del celular de Héctor en las cercanías a un río y a una planicie elevada en

las afueras de la ciudad. Y que las señales las había obtenido dentro de un radio de veinte kilómetros, por debajo de la conjunción de ese río con el extremo oeste de esa planicie, y coincidiendo con el cardinal oeste de la propia ciudad, y valiéndose del mapa, ubicando el norte y el sur de dicha urbe.

–¡Pero que estúpida que fui! –vocifera abruptamente Susana, logrando con ello, que todos los demás, incluso el chofer, se dieran el susto de sus vidas... por lo que, tres corazones encrespados, están en este preciso instante, latiendo alígera y desesperadamente con el objetivo de irrigar de manera muy rápida, sus cerebros y sus músculos, como una forma primitiva de preparar sus cuerpos y sus mentes, para apoyar a esas reacciones instintivas, ante una posible agresión externa, lo que en este caso fue el escabroso y repentino grito de Susana Palacios.

–¿Susana, que te sucede?! –inquirió Eduardo el cual iba sentado en el asiento trasero, justo al lado de ella, y quien fue el mas afectado por el grito de su colega.

–¡Qué susto que me diste Su!... y... ¿por qué dices eso? –también reacciona María Rosa ante su inesperada exclamación.

Y como esas dos reacciones no fueran pocas, el chofer inmediatamente la mira por intermedio del gran espejo retrovisor, pero, al contrario de los demás, este no pronuncia ninguna palabra, sino que, de una manera directa, se aventura a clavar una corta pero feroz mirada inquisidora en dirección a

los grandes ojos azules de Susana Palacios, como una clara respuesta a lo que ella había generado en él, lo cual fue una reacción adversa respecto del atestado tránsito, sobre el cual el chofer tenía puesta toda su concentración. Estuvieron peligrosamente cerca de generar una colisión contra un camión de reparto que circulaba a la par y en su mismo sentido.

–Huy... perdonen todos por favor, es que... recordé algo que debería haber informado ayer a la policía... y es en referencia a la posible ubicación actual de Héctor... discúlpeme chicos... señor chofer, pero debo hacer una llamada, y ¡ya! –respondió Susana, por medio de un tono de preocupación y de clara desaprobación a su imperdonable descuido en cuanto al paradero de su colega desaparecido, a lo que al mismo tiempo iba extrayendo su smartphone desde su flamante estuche, ubicado este en su cinto negro de cuero, el cual rodea su ajustado pantalón al estilo jean, de color azul oscuro. Dicho celular, siempre lo lleva colocado en la parte delantera derecha de su sinusoidal y perfecta cadera.

Sin dudarle ni un segundo, Susana marca el teléfono del agente de la Agencia Central de Inteligencia, Esteban De la Cuadra, con la intención de informarle de su imperdonable olvido.

–¿Hola? –se oye en el altavoz del celular de la Ingeniera de ANNON y de MIRAR.

–Esteban, soy Susana... ¿cómo estas? –pregunta un tanto apurada y a modo de mantener la cordialidad para con la otra persona.

–¿Susana?... ¿qué Susana? –responde Esteban a modo de pregunta, debido a que en un primer momento no se ubicó respecto de quien lo estaba llamando.

–Susana... eh... bueno, omitiré mi apellido por razones obvias... ¿recuerdas?, ayer, en el restaurante Boulanger... ¿ahora si? –aclara Susana.

–¡Susana!... si, si, si... reciba mis disculpas por favor, y... ¿a que se debe su grato llamado?... ya se... ¡decidí trabajar con nosotros! –agrega Esteban.

–No te preocupes Esteban, y no es de trabajo por lo que te estoy llamado, sino más bien, relacionado a algo que omití decirte ayer en el restaurante... y que no me lo perdonaré nunca –le indica Susana.

–¿Qué es lo que olvidó decirme Susana? –le pregunta Esteban.

Susana, con lujo de detalles, le cuenta absolutamente todo, respecto de la ubicación descubierta por la supercomputadora ATENEA, en donde podría estar cautivo Héctor Ayala. Le informa tanto de los dos accidentes geográficos, como de sus ubicaciones respecto de los puntos cardinales.

Esteban queda muy sorprendido y a la vez entusiasmado debido a esa gran noticia por lo que se contactará inmediatamente con el inspector en jefe de la policía local, Sergio Vera, a quien conoce desde hace muchos años, debido a variados trabajos de investigación realizados en conjunto.

Luego de una última y concisa charla, Esteban y Susana se saludan amablemente cortando de esta manera la comunicación telefónica. Y mientras ella se acomoda el frondoso pelo rubio detrás de sus orejas perfectas, valiéndose solamente de su mano izquierda, al mismo tiempo se dispone a colocar su smartphone dentro del estuche por medio de su blanca y pequeña mano derecha.

Con esto, una incipiente, pero persistente luz se comienza a proyectar sobre la vida de Héctor Ayala... pero esa luz... ese renacer... entre lo mas profundo del sufrimiento humano... hará que aquel espíritu sufriente y cautivo... ilumine la esencia mas profunda de un corazón impiadoso, y una mente largamente confundida de otro ser en constante oscuridad, por lo que tendrá la oportunidad de ver la luz y la verdad... y si esto sucede... a partir de allí, este ser, habrá logrado forjarle el verdadero sentido a su milenario sobrenombre.